

EL ALZAMIENTO DEL 18 DE JULIO DE 1936, LO QUE SUPUSO PARA LOS CATÓLICOS

POR

J. ULÍBARRI

SUMARIO: IMPORTANCIA DE UN DEBATE EN LAS CORTES.—EL ALZAMIENTO DEL 18 DE JULIO CAMBIA EL SIGNO DENTRO DE LA ORTODOXIA PÚBLICA.—EMOCIONES Y SENTIMIENTOS.—LA SEGURIDAD FÍSICA.—LA SEGURIDAD ESPIRITUAL.—LA EXPANSIÓN.—EL RECUERDO.

Importancia de un debate en las Cortes

El día 14 de septiembre de 1999 se ha reunido en el Congreso de los Diputados la Comisión de Asuntos Exteriores cuyo presidente es don Javier Rupérez Rubio, además, dirigente del Partido Popular y Presidente de la Internacional de la Democracia Cristiana. Se procedió al debate y votación de dos proposiciones *no* de ley referentes a los exiliados rojos de 1939. Una, del PSOE y otra del Partido Popular; las dos coincidentes en una parte dispositiva de homenaje y beneficencia a los exiliados, y como quedan poquísimos, a sus descendientes. Hay una correspondencia inversa entre el número de supervivientes y sus necesidades, y el simbolismo que se busca con esas concesiones: a menos supervivientes, más simbolismo. La parte previa o exposición de motivos, que es el simbolismo nuclear de las dos proposiciones, es muy parecida en ambas; es una condenación del Alzamiento y de la guerra consiguiente, frontal, clara y dura en la proposición del PSOE, y en la del PP, oscura e hipócrita.

El señor Rupérez y sus diputados se "abstuvieron" de votar en contra de la proposición del PSOE, y los de éste, en cambio, correspondieron votando en contra de la proposición del Partido

Popular. Todos los pequeños partidos votaron con el PSOE, cuya proposición condenatoria e insultante para el Alzamiento del 18 de Julio quedó aprobada.

Este suceso culmina y corona otros que se alinean y articulan en sus contextos, y que le agravan y aumentan su interés, a saber: 1.º La "abstención" del PP no ha sido un error ocasional y momentáneo, sino una decisión premeditada y con una larga gestación. La proposición del PSOE llevaba fecha de 26 de mayo, y la del Partido Popular, la del día siguiente; la Mesa de la Comisión las aceptó el 9 de junio y el *Boletín Oficial de las Cortes* publicó los dos textos el 14 de junio. 2.º Anteriormente, el Partido Popular había votado a favor de homenajes y beneficios para los ya escasos supervivientes de las Brigadas Internacionales. 3.º En otros ámbitos, entre ellos en el de la homosexualidad, en el de los tres primeros supuestos del aborto, en el de la píldora RU y en el de la enseñanza, el Partido Popular sigue una conducta divergente de los deseos de los católicos. 4.º Aunque el Partido Popular nunca se ha titulado "católico", sino "aconfesional", es evidente que vive de los votos de no pocos católicos. Pero éstos se sienten cada vez menos representados por él y en él, y se preguntan cada vez más y más alto por el papel de los católicos en la vida pública, prefigurando un anhelo de verse representados de otra manera.

El Alzamiento del 18 de Julio cambia de signo dentro de la ortodoxia pública

Esto es lo importante, lo grave y lo que hay que atajar. Los medios de comunicación que, aunque libres y plurales teóricamente, a veces presentan en la realidad una sorprendente unanimidad, habían disimulado la gestación de estas proposiciones y su debate. Los textos íntegros de las dos proposiciones *no* de ley solamente se han transcrito en el *Boletín de las Cortes*, de acceso difícil y complicado. Después, la prensa más de izquierdas ha reprochado con descaro y acrimonia al PP su "abstención", como escandalizada de que no se hubiera adherido a una condena tan

natural, clara merecida e indiscutible como la que proponía el PSOE. La prensa que leen muchos católicos, además de disimular los hechos, se ha salido por la tangente diciendo que había sido un debate inoportuno, en vez de señalar que el PP debería haber votado en contra.

Situemos esto en el concepto de ortodoxia pública.—Este concepto ha sido especialmente estudiado por los profesores norteamericanos Kendall y Frederick Wilhelmsen, y por el español, nuestro amigo Rafael Gamba (1). De este último extractamos: Entendemos por ortodoxia pública aquello que oficial o ambientalmente se profesa (se cree o se respeta) en una comunidad política determinada: el sentido de lo verdadero y de lo bueno por ella aceptado o considerado como válido. La noción de ortodoxia pública puede entenderse en dos sentidos diferentes, uno amplio y otro estricto. En este amplio sentido todo país —incluso los basados políticamente en el racionalismo y en la neutralidad del Estado— posee una ortodoxia pública como concepción subyacente del individuo, la sociedad y el Estado. En un sentido estricto, en cambio, son regímenes de “ortodoxia pública” aquellos que afirman un contenido de principios, verdades o valores de carácter superior e inmutable como base de su convivencia moral y de sus leyes.

Hasta hace pocos años el Alzamiento del 18 de Julio y la Cruzada consiguiente se situaban en la ortodoxia pública en un lugar de gloria y alabanza. Después, al principio de la “transición” fueron deslizados sutilmente hacia una posición donde su fulgor fue siendo oscurecido; pero aún se le admiraba y aplaudía, y cuando menos, se le respetaba, quizás como cláusula de un pacto secreto entre antiguos enemigos para facilitar la paz en ese proceso político. Y ahora resulta que entramos en un tercer período en el cual el deslizamiento ha llegado a situar a aquel hito glorioso descarada y públicamente en una picota de criminales. Y además, con el apoyo de un partido que debe su fuerza a

(1) Puede verse, de WILHELMSSEN, *La ortodoxia pública y los poderes de la irracionalidad*, Rialp, 1965, y de RAFAEL GAMBRA, *Tradicción o mimetismo*, edición del Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976.

muchos adictos a aquel episodio histórico. Con el apoyo del partido en el que algunos católicos tenían puesta, hasta ahora, una parte de sus esperanzas.

Es necesario estudiar los mecanismos que han producido este desplazamiento de una posición a la opuesta diametralmente. A iniciar este estudio quieren contribuir estas reflexiones sobre lo que el Alzamiento del 18 de Julio supuso para los católicos.

* * *

Antes del iniciar nuestro comentario debemos, a la manera clásica, delimitar los términos. Es tarea especialmente necesaria en este asunto. Porque personas de muy variadas ideologías han venido haciendo, y mantienen, un paquete con cuestiones heterogéneas sin más envoltura común que la biografía de Franco; vemos constantemente mezcladas sus gestiones como generalísimo y como estadista; el desembarco de Allucemas y la estatificación de la asistencia sanitaria; la liberación del Alcázar de Toledo y la congelación de ciertos alquileres, etc. Pemán escribió con talante gracioso de andaluz, que Franco se había sucedido a sí mismo varias veces en unos pactos secretos de El Pardo, en los que, en monólogo, cambió la camisa caqui por la azul, y luego por la blanca, y otras. Todo eso no puede ser aplaudido ni condenado en bloque. Distingue y acertarás. Disecar este conjunto clarificará nuestro legado a otras generaciones. No entraremos, pues, en el "franquismo". Sólo en el Alzamiento del 18 de Julio y en la Guerra de Liberación Nacional de 1936-1939, que ese es su nombre oficial. ¿Qué supusieron para los católicos? Entre otras, tres cosas, a saber:

Emociones y sentimientos

El Alzamiento fue para los católicos, y para todos, una gran emoción; antes que nada, una enorme descarga de afectividad largamente embalsada y reprimida, que es una de las explicaciones de la violencia extrema que tuvo y de su carácter popular con protagonismo de masas iltradas; fue una explosión de entusiasmo.

De ninguna manera quiero dar a la palabra extrarracional el tinte peyorativo que muchas veces se le da. Es una observación universal, fría y rigurosa, de psicólogos y antropólogos, que el hombre no es solamente regido por medio de la razón, sino que ésta necesita y tiene unos complementos distintos que suplen sus limitaciones y llevan al hombre, misteriosamente, más allá. Lo racional no es necesariamente incompatible con lo emocional, lo sentimental y pasional, con lo afectivo y lo intuitivo; son funciones complementarias unas de otras, aunque en la práctica veamos demasiadas veces excepciones en todos los ámbitos a esa compatibilidad; pero tienen un carácter accidental o coyuntural. Hay que diseccionar, también en esto, lo extrarracional bueno y útil de lo irracional, malo y punible.

Aquellas mujeres iletradas pero santas que echaban de casa a los hombres para que fueran al frente, aquellos curas navarros que salían a la guerra con los mozos de sus pueblos; aquellos militares que afrontaban el fusilamiento antes que colaborar con los rojos, parecían en muchos casos páginas del Antiguo Testamento. Parecía un amplio fenómeno sobrenatural, que los ángeles revoloteaban sobre la Península Ibérica, y que el Espíritu Santo movía directamente los corazones sorteando disquisiciones filosóficas. Claro está que estas cosas no todos las saben ver, sino aquéllos a quienes les ha sido concedido. No se cuentan entre ellos los que, llamándose católicos, se abstienen de defender el Alzamiento.

Esta gran descarga superrracional (no antirracional) encajaba muy bien con la crisis política universal, no sólo española, del racionalismo, del liberalismo y del positivismo. Esta coincidencia merece un estudio extenso: apuntemos, solamente, una paradigma suyo: el estilo poético de la letra del himno de Falange, "Cara al sol".

Aquella emoción marcó sentimentalmente a toda una generación, mucho más que consideraciones doctrinales eruditas. También a la generación siguiente, que la recibió por tradición oral. Actualmente están entrando en escena los nietos, a los que llega como una onda mitigada, lo cual es natural, pero llega. Son, pues, tres generaciones presentes marcadas con tres intensidades

distintas, pero marcadas, las que traducen aquellos elementos en una hipersensibilidad ante cualquier alusión al Alzamiento y a la guerra. Aquella explosión de entusiasmo, muy superior a la objetivable, y a la que la historia oral puede transmitir, se está agotando con el paso del tiempo, como es natural, pero aún existe y es influyente. Es necesario escribir más sobre todo esto y poner por escrito aquellos recuerdos, para que no pierzan o se esfumen por la propaganda enemiga creciente, que tanto ha influido en la decisión del Partido Popular.

Esto es lo que parece que no ha tenido en cuenta el Partido Popular al abstenerse de defender enérgicamente, racional y a la vez sentimentalmente, el Alzamiento del 18 de Julio. No se ajusta a su pragmatismo demagógico ignorar que los votos también se consiguen o se malogran, y quizás más y mejor, fomentando y canalizando emociones de la intemperie que con razonamientos oficinescos. Se ha escrito que a los pueblos sólo les mueven los poetas; eso es una exageración, pero algo de verdad lleva. Recordemos la famosa explicación de Agustín de Foxá a un embajador británico: "Los españoles están dispuestos a morir por la dama de sus pensamientos, por un punto de honra; pero morir por la democracia les parece tan tonto como morir por el sistema métrico decimal". El hombre de la calle se ha rebelado íntimamente contra esta conducta del PP mucho más hablando en los cafés y sobre el asfalto que escribiendo en los periódicos. Sólo en la memoria de los coctáncos va a quedar la huella exacta del asunto.

La seguridad física

El Alzamiento donde triunfó, y el remedio de su parcial fracaso con la guerra siguiente, proporcionaron a los católicos una gran seguridad con todos los beneficios materiales y espirituales que le son inherentes, y que son causa de un grande y perdurable agradecimiento. Mejor diríamos, seguridades, en variados ámbitos.

En primer lugar, seguridad física de sus propios cuerpos y de los de sus familiares y amigos que estaban desde hacía meses y

aún años bajo crecientes amenazas, tan serias como que venían asociadas a agresiones físicas ya consumadas en otros por manifestar su condición de católicos y de predicar su fe con todas sus consecuencias. A aquella democracia previa al Alzamiento no se le podía aplicar la explicación de Churchill de que si alguien llama a las seis de la mañana sólo puede ser el lechero.

Seguridad física también para los bienes materiales, absolutamente legítimos, sujetos a asaltos, incendios, confiscaciones, multas y a un general deterioro debido a la ruina de la economía.

El restablecimiento del orden público, a rajatabla, proporcionó estas dos grandes seguridades y terminó con un estado de zozobra y de cansancio permanentes.

Otro motivo de agradecimiento y de incorporación de los católicos a la Cruzada fue que el Alzamiento descubrió y puso de manifiesto que el mal era aún más grave de lo que se suponía y que lo que se preparaba era una Revolución más profunda, extensa y cruel de lo que se iba sospechando. El general Mola declaró que los protagonistas del Alzamiento se habían equivocado al valorar, por menos, lo que se avecinaba.

La seguridad espiritual

Se produjo una gran seguridad espiritual en las almas, en los espíritus turbados por la lucha, en el fuero interno, fruto de una unificación de pareceres. Con una vertiente doctrinal y otra, táctica. En ambas se consiguió con el Alzamiento una unidad monolítica desconocida desde hacía tiempo. Su resquebrajamiento posterior no es del período que estamos recordando, y demanda un estudio aparte.

Durante la Segunda República, desde que se estableció, los católicos estaban divididos en dos grandes grupos, tendencias o escuelas. Unos aceptaban sincera y lealmente la Constitución impía, el régimen malo, a cambio de poder combatir con batallas sueltas e inconexas, como bomberos que corren alocados de un fuego a otro, los males impíos y accidentales pero incesantes que producía fatal y lógicamente. Los del otro gran grupo,

en esquema, entendían que había que conquistar el Estado, y que si se saneaba su núcleo, todo lo demás se les daría por añadidura, como así fue.

Correspondían a estas ideologías sendas tácticas: a la primera, una táctica de apaciguamiento, de disimulo, y transigencia y de concesiones a la Revolución. A la segunda, una táctica de oposición intransigente y violenta al sistema autor y cómplice de violencias anticristianas. Después del triunfo del Frente Popular, y hasta el Alzamiento (de 16 de febrero a 18 de julio) la táctica de las concesiones se fue desacreditando y hubo un trasbordo creciente de los que la practicaban a las filas de la táctica violenta, que fue aumentando su credibilidad de ser la única solución.

Algunos pretendían amortiguar este conflicto interno diciendo que no era que hubiera dos doctrinas, sino una sola, la de la recuperación de la confesionalidad católica del Estado, servida a dos velocidades por las dos tácticas distintas citadas. Algun tiempo después de la Victoria se empezó a ver que en algunos la táctica de apaciguamiento era realmente una corrupción doctrinal liberal, porque empezaron a hablar sin ninguna necesidad de la separación de la Iglesia y del Estado.

Por si no fueran pocas las aflicciones exteriores, esta diversidad, o mejor disparidad, de tácticas entre los mismos católicos producía entre ellos desavenencias dolorosas y una sensación desagradable de falta de seguridad en la propia posición, puesto que era atacada por personas amigas y de las mismas creencias.

Los obispos y los dirigentes laicos dudaban y sus dudas se proyectaban sobre la grey. Esas dudas se referían al juego de lo que ya de antiguo se venía denominando la "tesis" y la "hipótesis". La "tesis" era la Verdad, la doctrina completa y buena, y la "hipótesis" una doctrina pasajera y mutilada, una fugaz transacción con el "mal menor". Unos querían la "tesis", cueste lo que cueste, y otros se conformaban con la "hipótesis", para ir tirando. Muchos padecían una neurosis, es decir, un conflicto ante la elección ineludible entre solicitudes divergentes, simultáneas y de parecida atracción.

El Alzamiento y el desarrollo victorioso de la guerra zanjaron las dudas: había una tesis nada utópica sino en vías de realiza-

ción; la hipótesis había sido un fracaso. Al fin, los católicos ganaban una guerra plena y totalmente; no era como las guerras del siglo XIX que terminaron en situaciones débiles y mediocres. Los obispos, alentados por el extraordinario fervor popular, se atrevieron a enseñar más altos niveles de Verdad de los que habitualmente soportaba la naturaleza humana caída. La Iglesia alcanzó una exaltación como no conocía desde los Austrias.

Esta seguridad espiritual se vio un poco enturbiada, solamente en niveles altos, por las cautelas, la lentitud y la restricción de la Santa Sede en apoyar al Movimiento Nacional, temerosa de un compromiso entre los dos bandos. Dio lugar a la frase "Católicos, sí; pero vaticanistas, no", que tuvo una réplica en una pastoral del cardenal Gomá. Algo parecido sucedió con la conducta de muchos católicos extranjeros que no estuvieron a la altura de las circunstancias, seguramente por falta de información.

La expansión

El Alzamiento y la Cruzada supusieron por primera vez una victoria total del Catolicismo más puro y completo, y el comienzo de la creación de un Estado católico paradigmático. Ya hemos dicho que no nos vamos a ocupar de lo que pasó después.

Para muchos católicos de filas el Alzamiento parecía ser tan sólo, inicialmente, una represión superficial de un trastorno de orden público. La jerarquía y los dirigentes tuvieron, afortunadamente, una visión más larga. Con la seguridad como plataforma o base, y una ilusión extraordinaria como impulso sin precedentes próximos, acometieron más allá de una mera restauración defensiva de los daños producidos por las impiedades del régimen anterior, algo distinto, la construcción de un Estado católico nuevo, de planta, incluso hasta con pinitos imperiales. Se soñaba con la restauración de toda la Cristiandad como servicio a Dios más dilatado que el encarcelamiento de los incendiarios de iglesias. Se acuñó la frase "Por el Imperio hacia Dios",

que requiere largas explicaciones, pero que no fue ninguna tontería.

Durante esta inacabable "transición" ha despuntado un género de literatura clerical especializada en exhumar y ensañarse en alguna que otra pequeña dificultad habida entre el Estado católico nacido de la Cruzada y algunos grupúsculos clericales que de ninguna manera representaban a la Iglesia. Eso no es nada en comparación con la antología oceánica de leyes y disposiciones favorables a la Iglesia iniciada ya durante la misma guerra. Antes de terminar el mismo mes de julio de 1936, la Junta Carlista de Guerra de Navarra restablecía la Compañía de Jesús, expulsada por la República, y le restituía sus bienes confiscados. En el primer gobierno nacional, aún en plena guerra, el Conde de Rodezno, nombrado ministro de Justicia, inició el desmontaje, una por una, minuciosamente, de las leyes y disposiciones impías establecidas por la República. El mismo proceso se realizó en los niveles inferiores, hasta los ínfimos, en todos los ministerios, en toda la Zona Nacional y en la que se iba liberando. Aunque fue fuera de nuestro período, mención de honor merece la labor realizada por don José Ibáñez Martín en el Ministerio de Educación Nacional.

Pero todo esto era normal y previsible. Lo nuevo, una variante cualitativa, fue la pretensión unánime de una reforma religiosa por todo lo alto, fervorosa, profunda, radical. Que la confesionalidad católica fuera un rasgo distintivo del nuevo Estado que nacía. Se ha dicho, en un orden natural, que es bueno para los pueblos tener una ilusión colectiva. El Alzamiento la dio al pueblo español como base correlativa de un fenómeno sobrenatural increíble: florecieron en masa las vocaciones sacerdotales y religiosas y también las de seglares comprometidos; las Misiones en tierras de infieles recibieron ayudas antes desviadas a la defensa de la persecución religiosa. El despertar religioso fue tan evidente como el resplandor de las hogueras de los templos en zona roja.

En una palabra: se sentaron muchos jalones precursores de un nuevo Siglo de Oro. Por qué se ha malogrado después, no corresponde a nuestro estudio.

El recuerdo

Los beneficios enumerados en estos epígrafes, y otros muchos, tuvieron un alto precio: costaron ríos de sangre, de sudor y de lágrimas. La estimación de cualquier bien es función, en parte, de lo que ha costado. Sólo por este concepto la estimación del Alzamiento y de la Guerra es grandísima, perdura y crea una hipersensibilidad ante los ataques que se le dirigen, aunque tenga formulaciones disimuladas e hipócritas.

No todos los que hicieron la Cruzada eran católicos, pero todos los católicos se volcaron en la Cruzada. No todos los impíos estuvieron con la República, pero todos los que sostuvieron la zona roja eran impíos. De tal manera que la Cruzada ha podido ser calificada como una guerra de religión, y lo fue, sin duda en buena parte. Resulta de ello que atacarla es inevitablemente atacar a los católicos españoles y a su Jerarquía eclesiástica. La vinculación de ésta a aquella guerra es indeleble y no solamente la Carta Colectiva de 1937, sino por la misma realidad vivida. Un proceso a aquellos días no tardaría nada en evolucionar a ser un proceso a la Iglesia y esto aumenta la gravedad y el peligro de lo sucedido en el Congreso el 14 de septiembre. Velad y orad.